

PARTE SEGUNDA

DONDE EL LECTOR HALLARÁ ALGUNAS VERDADES

I

En instalándonos delante de la perdiz tradicional de las cenas de la *Maison Dorée*, mi amigo Manuel me dijo:

—Ya sabes tú que nunca miento.

—Lo sé.

—Así, pues, la historia que á instancia tuya voy á contarte es, aunque inverosímil, verídica en todos sus extremos. Por lo demás, como ya te he dicho, no es sino un esquiúo, no un cuadro; es pura y simplemente un incidente de mi vida, sin principio ni fin.

—Amigo mío, dije entonces á Manuel, yo no quería venir al baile; pero indudablemente la Providencia me ha empujado á ello, ya que ha hecho que me encontrara contigo; temí aburrirme como se aburren cuantos á estos bailes asisten, y no sólo doy con un amigo á quien estimo, sino con un amigo que tiene dos historias inéditas. ¿Cómo quieres, pues, que te suelte antes de haber exprimido todo el jugo de estas

dos historias, esto es, de conocerlas de cabo á rabo? Es imposible, amigo mío, imposible. Resígnate, pues, y cuenta.

—Empiezo.

—Soy todo oídos.

—Un día estaba yo buscando habitación, y por singular acaso hallé una que llenaba todas mis aspiraciones, en la calle Nueva de los Trinitarios. Era un piso cuarto con vistas á jardines y á la calle.

En aquel entonces la tristeza se había apoderado de mí; abandonaba una vivienda en la cual disfrutara de la mayor dicha, donde diariamente veía la huella de sucesos pasados para más no volver, y ello me contristaba como la presencia de una bolsa vacía ó de un estuche del que han desaparecido las joyas.

¡Ay, amigo mío! Yo estaba enamorado como los hombres solemos estarlo siempre, ó demasiado tarde ó demasiado pronto. Tú sabes cuánto nos falsea el corazón el colegio, qué mala enseñanza se recibe en él y cuán necias son las teorías que entre sus paredes adquirimos. No hay joven que al salir del colegio no sea escéptico rematado, ni crea que en el mundo sólo están al nivel de los tiempos y demuestran talento aquellos que no creen en Dios ni en las mujeres. Yo era uno de tantos, ó, más bien, presumía serlo. Veía el mundo al través de las rejas del colegio, y se me antojaba hermoso; pero veíalo también al través de los relatos de mis compañeros, y entonces no me inspiraba sino desprecio.

Tú conoces á esos compañeros despechugados y viciosos, con tantas ojeras y de sumidas mejillas. Cuando salen los domingos, en lugar de ir á pasar el día en el seno de su familia, si la tienen, ó, de no, dirigirse al campo para contemplar los árboles y las flores, esta familia eterna del corazón y del espíritu, ya sabes adónde van. Al día siguiente, y convirtiéndose en apóstoles del vicio y de la corrupción, arrojan

en el alma de aquellos que les escuchan las infectas teorías de que hace poco te he hablado.

Ellos, que no conocen sino á las mujeres en ciertos barrios y á horas determinadas, miden á todas las demás por el mismo rasero. Los que creen que todas las mujeres son parecidas á su madre ó á su hermana, pugnan por admitir que en el mundo existan seres como aquellos de quienes oyen hablar; pero si al principio se pasan, poco á poco van acostumbrándose á semejante lenguaje, y aguardan con impaciencia el lunes para escuchar el relato de alguna orgía ó de algún escándalo, relato que les pervierte el corazón, les enerva los sentidos y les fatiga el espíritu.

Yo seguía la ley común. El lunes por la mañana entraba á formar parte del grupo de fieles que escuchaban á sus oráculos, y me llevaba mi no escasa parte de escepticismo y de aversión. Así es que cuando me salía del colegio, insultaba á las mujeres que veía en la calle y me tenía á mí mismo por un calavera hecho y derecho, si bien una voz íntima me decía incesantemente que el insultar á los débiles es una mala acción, y que mujeres, ancianos y niños deben ser sagrados para el fuerte.

Una vez fuera del colegio, creí que tan excelentes principios iban á convertirme en un nuevo Bassompierre, en otro Lauzún, en el Richelieu del siglo decimonono. Eché de menos aquellos días en que María de Médicis era la querida del primero, madama de Montespán del segundo, y la señorita de Valois del tercero; en una palabra, no salía de mi asombro al ver que aun las mujeres más livianas me repelían con aspereza cuando me presentaba á ellas á la soldadesca.

Sin embargo, tuve, iba á decir algunas chiripas, aun cuando no sea éste el nombre aplicable á esos amores fáciles que suelen deslizarse entre la comida de ayer y el almuerzo de hoy, y no dejan en nuestro corazón más huellas que las que el pájaro en el espacio.

Esas amistades redondearon mi educación y confirmaron mis teorías. Con todo, debo confesar que, en ocasiones, habla yo notado en el semblante de esas jóvenes que gozan fama de indiferentes y con más frecuencia de viciosas, y que para vender con utilidad su amor se ven obligadas á demostrar una alegría que no sienten, ciertos vislumbres de melancolía que á mi ver no eran sino el último reflejo de resplandores pasados, el último pesar de una dicha perdida. Entonces, empero, no profundizaba yo semejantes contrastes; en la tristeza de las mujeres sólo veía un efecto de los nervios ó de la carencia de dinero; y como no era médico ni banquero, casi siempre me iba para no volver sino después que aquéllas habían llenado su caja ó calmádoseles los nervios.

Más adelante, aunque no brillo por mi humanidad ni por mi filosofía, he cambiado muy mucho respecto el modo de juzgar á esas pobres muchachas impulsadas por la miseria á una vida libertina y despreciable. No soy, en verdad, apologista del escándalo y del vicio; pero sí digo que, si entre las cortesanas las hay de inclinaciones rastreras y de corazón envilecido en el cual no ha penetrado ni penetrará nunca un rayo de amor ó de esperanza, como sucede con ciertos antros misteriosos y sombríos poblados de reptiles en los cuales no ha filtrado la luz del sol en seis mil años, también existen otras cuya alegría no es sino fiebre y cuya indiferencia es mentira; pobres criaturas que se aturden cuanto pueden y á las que arrancamos lágrimas al hablarles de inocencia, de amor y de familia, cosas las tres no conocidas nunca por ellas y que nunca conocerán. Por lo que á mí reza, sé decirte que, cuando me acontecía hablar de mi madre ó de mis hermanas delante de tales desdichadas; cuando por puro acaso mentaba los seres castos y sagrados que rodean nuestra cuna; cuando, en una palabra, levantaba yo á sus ojos la punta del velo que les oculta los goces de la familia y del hogar, las veía mirarme con

envidia y luego entregarse, mudas, á la meditación, para dejar, por fin, caer la cabeza entre las manos y romper en sollozos. Créeme: siempre y cuando veas llorar á una mujer, no la menosprecies, porque todavía algo la une á Dios, y, si no sustenta el alma de la virgen que ora, quizá siente el arrepentimiento de la Magdalena que sufre.

Verdad es que la misma noche volvía á ver á aquellas mujeres en el baile, con la frente cubierta de flores y la sonrisa en la boca, hacer, riendo, ostentación de su indiferencia y de su disolución forzadas.

Dispénsame mi larga digresión, y volvamos á mi aventura.

Yo era, pues, lo que los abuelos llaman un pícaro.

En medio de mis orgías, que consistían en cenar de tiempo en tiempo y en ocultarme en lo más recóndito de un palco de proscenio detrás de un palmito conocido, lo que, para el burgués, constituye el refinamiento de la corrupción, una mujer se había enamorado de mí.

Esta vez era una verdadera chiripa.

Figúrate tú que mi tío, el que me había hecho conseguir un estanco para Amanda, era un antiguo libertino retirado por falta de bríos, no por carencia de voluntad, y también porque el médico le ordenara abstención absoluta. Mi tío, pues, era conocedor de la vida, y, como me llevaba entrañable afecto, quería separarme de las malas relaciones entre las garras de las cuales él dejara la mayor parte de su fortuna y de su salud; quería que yo, á la edad que él entonces tenía, sirviese por algo más que para ser diputado del centro. Á este efecto, pues, resolvió presentarme en lo que él llamaba la verdadera sociedad. Tenía mi tío por amigo á Leopoldo C..., el gran pianista, cuya casa era una de las más divertidas de París, así como la mujer de éste una de las damas más distinguidas de entonces, y también de ahora, ya que vive todavía. C... recibía en su casa á esa sociedad inteligente, ar-

tista, que constituye el registro ambulante de todas las reputaciones parisienses; sociedad aparte, hija de sí misma, que tiene su lenguaje peculiar, su ingenio, su andar y sus costumbres propias; que odia al burgués y execra lo vulgar; á esa sociedad en cuya casa penetra el talento sin hacerse anunciar y las nulidades hacen antesala, aun cuando descendan de las cruzadas. Los amigos de C... tenían cada cual su mérito particular; no había entre ellos quien no hubiese compuesto un libro, una ópera, labrado una estatua, abierto un grabado, inventado una frase ó hecho hablar en su alabanza.

Todos los martes el salón del gran pianista zumbaba como una colmena; ¡y qué miel más rica se elaboraba en él! Un enjambre de jóvenes y hermosas mujeres se daban cita para aquella casa, y los epigramas, las coqueterías, las argentinas carcajadas, el ingenio bajo todas sus manifestaciones, saltaban del uno al otro extremo del salón como volante despedido por pala de colegial. Allá era menester pagar en buena moneda, por lo que, al poner los pies en aquella reunión, comprendí que no me cabía sino dejar á la puerta mis teorías de sollastre de quincalla. Sin embargo, no me despojé de ellas con bastante diligencia, y me quedó cierto reconcomio, no respecto del ingenio de aquellas damas, sino de sus virtudes. Ya sabes tú que una de las tradiciones más tontas de nuestra tierra es que, mientras la virtud no nos causa enojos, no debemos creer en ella; aunque, por otra parte, esta glorificación del tedio se aplica á todo. Á un autor no se le califica de formal sino cuando aburre, y muchos son los que deben su reputación á que preferimos admirarlos á leerlos.

Mi tío era muy querido de todos los amigos de C...; así es que fui acogido, casi diré con injusticia, ya que no me hicieron pasar por el tamiz de las pruebas ordinarias. Esta facilidad me lastimó algo el amor propio; parecía como que los contertulios de C... es-

tuviesen inclinados á admitir la posibilidad de que yo era un asno, y que por lo tanto era menester no ponerme en aprieto, por respeto á mi tío; pero me engañé; nadie paraba mientes en mí, por la sencilla razón de que en aquella casa me encontraba yo en la mía, al igual que se encontraban en la suya todos los en ella admitidos. Á mí me tocaba conquistar con mi talento el sitio que me viniese en voluntad ocupar, y á mi elección lo dejaban.

En aquel tiempo tenía yo gran facilidad en el hablar; por lo tanto quise demostrar mis aptitudes lo más antes mejor. Después de las presentaciones parciales, en lugar de permanecer arrimado á mi tío como un timorato, escaramucé primeramente de uno á otro grupo, para luego arrojarme denodadamente en medio de la refriega general. Se estaba discutiendo sobre no recuerdo qué en este instante; lo que si no se me ha olvidado es que me pidieron mi parecer, y que, en medio de un corro silencioso y un si es no es imponente, tuve que desenvolver la tesis. Como era necesario vencer ó morir, me afirmé sobre mis estribos y empecé á perorar, saliendo de mi boca algunas frases afortunadas y algunas paradojas hábiles, mientras iba vertiendo las cuales y de tiempo en tiempo oía al dueño de la casa dirigir á mi tío alabanzas en mi pro. En una palabra: al terminar mi período recibí demostraciones de aprobación casi unánimes y quedé clasificado en la categoría de los divertidos.

Al llegar aquí de su relato, Manuel dió un suspiro.

- * —¿Qué te pasa? le pregunté.
- Nada: echo de menos aquella casa.
- ¿No existe ya, por ventura?
- Sí, pero he dejado de concurrir á ella.
- ¿Por qué?
- Porque me he vuelto necio, ¡vive diez!
- Y ¿por qué te has vuelto tal?
- Por mucho que tardes en saberlo, será demasiado pronto. Anudo mi historia. Acababa yo de con-

seguir mi pequeño triunfo, y el corazón me estaba palpitando todavía con bastante fuerza, pues para un muchacho como yo la partida que acababa de jugar era de empeño, cuando se abrió la puerta del salón y el criado anunció á la señora de Harnebey.

—¿La mujer del arquitecto?

—Sí. ¿La conoces?

—De oídas, pero nunca la he visto. Unos dicen que está muy guapa, otros que espantosamente fea; pero todos están contestes en que es, ó más bien era, bastante liviana, pues hace tiempo que no oigo hablar de ella.

—Ahora vas á oír. Ante todo, es la criatura más hermosa que he visto en mi vida. Nada hay que pueda darte idea de la arrogancia de su andar, de la distinción de sus formas, de lo correcto de sus actitudes. La causa de que se haya discutido tanto su hermosura, estriba en que dicha mujer tenía los cabellos de un color del que las pelinegras y las rubias pueden murmurar: era bermeja. Si no te gustan las rojas, dilo, y no continuaré el retrato.

—Las adoro; pero entendámonos...

—Sé lo que vas á decir, que hay rojo y rojo. La señora de Hernebey tenía la cabellera larga, de metro y medio, color de oro inglés, y ondeada de suyo; las pestañas y las cejas casi negras, los ojos de color azul de Sévres, un perfil á propósito para acuñarlo en una medalla, el labio superior apenas sombreado por una línea de finísimo vello, labios encendidos y dientes blancos como perlas; la comparación no ofrece novedad, pero no puede suplirse con otra. Figúrate tú que cuando dicha mujer entró en el salón, parecióme que todas las demás se echaban á temblar cual fantasmas y quedaban pegadas á la pared cual figuras de tapiz. Aquella mujer, al aparecer, lo anodaba todo. Su traje asumía la audacia de una superioridad incontestable á la cual todo es permitido. Ostentaba el verdadero tocado de una bacante, la-

brado de hojas de acanto, pámpanos y racimos de uvas, que le caían por detrás hasta la mitad del cuello formando un gran moño, del que partían algunos rizos provocadores. La señora de Harnebey entró como en su propia casa, sin haberse quitado el abrigo que le cubría su traje de baile. Dicho abrigo era un alquicel de cachemira rojo, con una sencilla orla de oro, el verdadero alquicel de investidura que Francia confiere á los jefes árabes que se la someten. Era menester que aquélla fuese lo que era para arriesgarse á llevarlo. La señora de Harnebey se encaminó directamente al encuentro de la dueña de la casa, cual si en el salón no hubiese habido sino ellas dos, y le tendió una mano desguantada, sin sortija alguna, blanca, suave, y cuyos dedos, según lo sonrosados y ligeramente encorvados de la punta, parecían hechos á propósito para las caricias amorosas. Al hacer este movimiento, aquélla descubrió un hermoso y desnudo brazo, sin otro adorno que un grueso brazaletes de oro parecido al que Tarpeya recibió de los Sabinos en pago de la entrada de Roma. ¡Oh poder mágico de la hermosura! Desde que aquella mujer entrara, todo el mundo guardaba silencio. A nadie se le acudían donaires; no quedaba sino mirar y admirar, y, mirando y admirando, yo empecé á comprender la antigüedad pagana, para la cual la forma era una especie de religión. Por un instante desapareció á mis ojos el salón en que me encontraba y me creí transportado á Atenas; el alquicel fué bajando, y aquella mujer no quedó sino semivelada por la gasa á que Horacio apellida aire tejido: llamábase Mnais ó Friné; estaba recostada sobre cojines de púrpura, dormitando á la luz opalina de una sola lámpara de mármol, mientras su esclava nubia, ébano viviente, levantaba con una mano la cortina del aposento, y con la otra llamaba á un mozo griego oculto en la enramada del jardín, llamamiento que hacía sonreír á la estatua del dios Pandemos situada en un bosquecillo.

Los hombres se agruparon en torno de la recién llegada, profiriendo murmullos de admiración, mientras ésta, dignándose recordar que en el salón había otras mujeres, les sonreía ó les tendía la mano.

—¡Cuán hermosa está V.! ¿Se ha engalanado usted de esta suerte para nosotros? le preguntó la señora de C...

—No; para el embajador otomano.

—Tiene V. razón: esta noche hay baile en la embajada.

—He venido únicamente para que me vieran ustedes antes de dirigirme allá.

—A ver, á ver, quítese V. el alquicel para que veamos la túnica.

La señora de Harnebey tiró de una de las bellotas de oro, y el manto se deslizó por los torneados hombros de ésta cayendo con todo su peso, sin que su dueña hiciese el menor movimiento para aguantarlo. Yo, que me encontraba cerca de la beldad, tendí maquinalmente la mano y recibí el manto en mis brazos. La señora de Harnebey me dió las gracias con un casi imperceptible movimiento de cabeza y fijó por un instante los ojos en mi rostro, para ella desconocido. Yo me sonrojé, y ella se sonrió. Aquel rubor de un mozo de diez y ocho años, al parecer no un zoquete, le decía y la complacía más indudablemente que todas las enhorabuenas de aquellos á quienes conocía. Lo que más agrada á las mujeres acostumbradas á los elogios es la expresión ingenua, siquiera brutal, de la admiración que causan. He oído decir á algunas damas aristocráticas que los requiebros que más las halagaban eran los que los hombres del pueblo les dirigían cuando ellas pasaban por las calles; los cuales, en su lenguaje rudo, exprimían con un voto un deseo que ellas debían hacer como que no oían.

Volviendo ahora al punto en que estábamos, te diré que la mujer aquella, que lo era en toda la extensión de la palabra, cuando se desprendió del alquicel

30086

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

se nos apareció bajo distinto aspecto. Figúrate la realización viviente de un croquis de Vidal: no necesito ponderar más. Bajo la riqueza de los encajes, seda, cintas, oro y perlas, y gracias á la sobriedad de líneas y á la armonía de los pliegues, se adivinaba un hermoso cuerpo, flexible y de carnes duras, el cual, delante de Fidias, hubiera dejado caer tan arrogantemente su túnica como ésta acababa de dejar caer el alquicel ante nosotros.

Los murmullos de admiración se extendieron á toda la sala. La fama de hermosa que la señora de Harnebey gozaba estaba tan arraigada en aquella casa, que ni aun las mujeres pensaban en regateársela, si quiera con un guiño, cuando en un arranque de excentricidad se presentaba, como aquel día, vistiendo un traje más ó menos discutible.

Interin, su marido la estaba contemplando como los demás, pero sin orgullo, ó como quien, teniendo valer personal, no necesita de la hermosura de su mujer para llamar sobre sí la atención. El señor de Harnebey frisaba con los cuarenta y cinco, y pasaba por marido filósofo; ocupado en las inmensas construcciones que le confiara el Estado, dejaba á su mujer que hiciese cuanto se la antojase; pero ésta, según decir de la gente, en vez de contenerse en los justos límites, abusaba de semejante condescendencia. De improviso se me vino á la memoria el recuerdo de haber yo visto á la señora de Harnebey en alguna otra parte. Efectivamente, dos años antes habia yo acompañado á Marsella á mi tío, que se dirigía á Italia, no separándome de él hasta que le hube dejado á bordo del vapor que debía conducirlo, y que, si no me equivoco, era el *Ramsés*. Al volverme á tierra junto con algunos amigos, uno de ellos me dijo:

—Vaya, que su señor tío de V. está de suerte.

—¿Cómo se entiende? pregunté.

—Hace la travesía con la señora de Harnebey, la cual va á reunirse á su marido en Roma.

—Y ¿quién es la señora de Harnebey?

Explicáronmelo, añadiendo:

—Dentro de veinticuatro horas tendrá V. una tía más.

Como yo no conocía á la señora de Harnebey, ni la habia visto nunca, no di gran importancia á dicho incidente; así es que cuando regresó mi tío, habíame ya olvidado hasta el extremo de que ni siquiera pensé en hablarle de ello. Al encontrarme en presencia de aquella mujer, empero, todo lo recordé, y me dije que mi tío habia estado realmente de suerte; pues ni por un segundo dudé que se hubiesen realizado las previsiones de mis amigos; confirmándose mis convicciones cuando le vi que se acercaba á la señora de Harnebey, le tomaba familiarmente la mano, y al tiempo que se sonreía la dirigía una de esas miradas expresión fiel de agradecimiento; y como lo que en sus ojos creí notar también en su apretón de manos, sin explicarme la causa me indigné contra mi tío por su intimidad con aquella mujer, con quien se puso á hablar.

—¿Y va V. á bailar con este traje? la preguntó mi tío.

—Por supuesto.

—Después del primer vals estará hecho pedazos.

—¿Valsa V. todavía?

—Una que otra vez.

—Mi querido C..., dijo entonces la señora de Harnebey dirigiéndose al dueño de la casa, siéntese usted al piano y toque V. un vals de diez minutos; apuesto bailar hasta el fin sin que se descomponga un doblez de mi traje.

Dijo, tendió los brazos y presentó el talle á los de mi tío.

C... se sentó al piano, y los circunstantes se apresuraron á mirar. Estaba dicho que todo iban á aceptarlo de aquella mujer.

—No bailo ya con bastante primor para V., la dijo

mi tío; pero mire V., ahí está mi sobrino, que lo hace como una peonza y á quien le presento. Apuesto diez contra uno que no consigue V. fatigarle.

—Lo veremos.

Empezamos á bailar, solos durante dos ó tres vueltas que dimos al salón; pero pronto, otros, arrastrados por la música, nos siguieron, y otros después, hasta que no quedó mujer sentada. Todos los jóvenes estaban bailando.

Diez minutos después C... se levantó del piano.

—Ya lo ve V., dijo la señora de Harnebey deteniéndose delante de mi tío y aludiendo á su traje, intacto.

En efecto, no parecía sino que acababa de llegar en aquel instante. Su traje se conservaba tan fresco, su cutis tan sonrosado y su respiración tan reposada como cuando había entrado; la única diferencia... ¡ay! la única diferencia que había, era que el movimiento la daba un hechizo nuevo para mí. Hubiérase dicho que todas las flores con que Dios formara aquel hermoso cuerpo se entreabrían á un mismo tiempo para exhalar su aroma concentrado por largo espacio de tiempo; de ella emanaba ese perfume penetrante, comprendido tan sólo de los que han tenido la suerte de venir al mundo con el amor hacia la mujer encarnado en ellos. Yo estaba aturdido, ebrio. No sé qué fuerza superior me impulsó á ir á situarme detrás de la señora de Harnebey y aspirarla con toda la fuerza de mis pulmones hasta haberme embriagado completamente. Participé mi observación á mi tío, á quien no pude menos de decir:

—¡Cuán dichoso eres!

—¿De qué?

—De haber sido el amante de esa mujer.

—¡Yó! ¡nunca!

—¿Y la travesía de Marsella á Génova?

—Durante toda ella estuve enfermo. Bastante se burló de mí la señora Harnebey.

—¿De veras?

—Como lo digo.

—¿Luego nada ha habido entre los dos?

—Absolutamente nada.

Al oír semejantes palabras estuve en un tris como no me pongo á saltar de alegría.

—¿Sabe V. lo que me está diciendo mi sobrino? dijo mi tío á la señora de Harnebey, que en aquel instante pasaba cerca de nosotros.

—No sé.

—Pues que está loco por V.

Aquella se alejó riendo y sin responder palabra; yo, por segunda vez me puse como una guinda.

Diez minutos después la señora de Harnebey había salido para el baile de la embajada. No estaba ya en el salón, pero su perfume lo llenaba todo aún y me perseguía á todas partes; no hice sino pensar en ella toda la velada, no soñé más que con ella durante toda la noche.

¿Estaba yo por ventura enamorado? No. Aquella mujer no había sino hablado á mis sentidos; no la amaba, la deseaba. Asimismo me pasaba una cosa extraña, y era que en ciertos momentos me parecía que la detestaba, y hubiera querido perjudicarla. Habíase ocupado en mí, por una parte con exceso, y por otra demasiado poco. Quería verla otra vez; pero ¿cómo? Y en este caso ¿qué decirle, ya que no me consideraba con alientos bastantes para enamorarla? ¿Adónde habían ido á parar, pues, mis teorías infalibles? No pasando yo de ser un escolar, como era, las pegué en su contra, hablando de ella á mis amigos y pasándomela por debajo de la pata, como se dice vulgarmente.

—De buena gana me daría un capricho con la mujer esa, decía yo,—ó preguntaba quién era su amante,—ó ensayaba dar á entender que yo lo había sido; en una palabra, eché mano de todas las bajezas propias de la generación de que yo formaba parte.

Entretanto, no se me presentó ocasión de ver de

nuevo á la señora de Harnebey. Había llegado la primavera, y la tertulia de C... sido cerrada hasta el próximo invierno. Preciso era, pues, aguardar hasta entonces ó no pensar más en ella; pero mi tío, que era un pícaro redomado, y lo había adivinado todo, y tenía prisa de verme en relaciones de tantas campanillas, arregló el asunto de modo que ni yo me di cata de ello, ni él pareció haber puesto la mano.

Una mañana, y mientras los dos estábamos almorzando juntos, me dijo:

—Ayer encontré á la señora de Harnebey.

—¡Ah!

—Y mañana tú y yo comemos en su casa.

En la mencionada comida no había sino el señor de Harnebey, sus dos hijos, pequeñuelos todavía, mi tío y yo. Mientras no nos movimos de la mesa, ella me estuvo estudiando con el mayor disimulo, y al levantarnos dijo algunas palabras en voz baja á mi tío, evidentemente referentes á mí. Llegada la noche, vinieron algunas visitas, á las que la señora de Harnebey, ora distraída, ya triste, parecía no prestar toda la atención. No quiero decir que de tal tristeza y semejante distracción fuese yo el causante, pero sí con signo que de tiempo en tiempo la amiga de mi tío me miraba á hurtadillas. Era indudable que algún quebranto de corazón se había interpuesto recientemente á la aparente liviandad de aquella mujer; la cual buscaba, tal vez, en mí la posibilidad de un consuelo. Esta fué á lo menos la impresión que me llevé de aquella velada.

Tres días después fuí á visitarla solo.

—Haz presente á la señora de Harnebey, me dijo mi tío, que mis deseos hubieran sido ir contigo, pero que hoy me es imposible.

En realidad, lo que él quería era que yo me encontrase á solas con aquella mujer.

El arquitecto y su esposa habían salido, por lo que dejé tarjeta y me volví.

Al día siguiente recibí una carta de la señora de Harnebey, en la que se dolía de no haberse encontrado en casa á la hora que yo fuí, y me la daba para que de fijo pudiese hallarla.

A la hora indicada me encaminé á verla. Estaba sola, me recibió con bastante indiferencia, y entablamos una conversación desmayada en la que nada bueno dije. No parecía sino la entrevista de una mujer hastiada y de un amante torpe. En el apretón de manos que me dió al despedirme de ella, entendí que me decía: éste es perro que no muerde.

Como puedes suponer, me salí humillado de aquella casa.

Algunos días después me dijo mi tío:

—Eres un valiente badulaque.

—¿Y eso?

—Podrías tener por amante á la mujer más hermosa de París, y no has tenido la maña de conseguirlo.

—¿De quién me está V. hablando?

—¡Toma! De la señora de Harnebey.

—Y ¿quién te ha dicho semejante?

—Ella misma.

—¡Ella misma!

—Sí. Yo la había hablado glorias de ti, y en la ocasión más propicia para establecer intimidades, ya que acababa de tronar con Julio de Verey...

—¿El pintor?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora es demasiado tarde: han hecho las paces. Yo estaba furioso.

—¿Y á mí qué me da? dije á mi tío; tampoco me gustaba.

—Pues tú le gustabas á ella, y estoy seguro de que si se ha reconciliado con Julio es porque tú no has sabido conquistar su puesto.*

—¿Luego esa mujer no puede pasarse sin un amante?

—Así parece.

¿Qué hacer? Volver á casa de la señora de Harnebey, era exponerme al ridículo; no volver era hacerme olvidar voluntariamente. Aquella gran coqueta debía de hallarme grandemente necio. ¿Carecía yo definitivamente de valer para penetrar en las elevadas regiones de los amores refinados? ¿Debía sencillamente declararme vencido? No, sobre todo por amor propio; que confesarse inepto en la primera lid amorosa es lo mismo que dar satisfacciones en el primer lance de honor: en tanto vivimos no nos rehacemos de la caída. Así, pues, herido en lo más vivo, no pensé sino en desquitarme; necesitaba ser dueño de aquella mujer, menos para poseerla que por haberla poseído.

Cuanto á ella, es manifiesto que en aquel entonces había dejado de pensar en mí. Habíame visto al final de una de esas relaciones impuestas de antemano por las amistades de la sociedad en que vivía, relaciones sin novedad, que convierten al amante en otro marido, y están pegadas al matrimonio como la sombra al cuerpo, y ociosa como lo está siempre una mujer entre una costumbre rota y otra costumbre no adquirida aún y por lo tanto desconocida. Yo la había manifestado con la mirada, y luego mi tío con lo que la dijo, la impresión que me causara, y un resto de ardor juvenil se estremeció en ella. «Ahi un alma virgen á cuyo calor podré hallar nuevos goces», se dijo al sentir atravesado su corazón por una bocanada de ilusiones; pero no sabía cuánto habían ya extinguido en mi alma las malas teorías. Sin embargo, como ella no podía tomar la iniciativa, me alentó tal vez; mas á la poca perseverancia añadí la falta de destreza. Así, pues, el sentimiento que hacia mí se despertara en su pecho, durmióse de nuevo á la sombra de la costumbre contraída con otro, quedando de esta suerte cerrada la entreabierta puerta de su corazón, por la cual yo podía haber penetrado.

Con todo, hubo un momento en que en su espíritu

dejé de ser en absoluto un extraño. Había yo representado un papel de un minuto en la comedia de su vida; sido una posibilidad en las eventualidades de su porvenir; y esto era más que suficiente para que yo pudiese afirmar de nuevo el pie donde la vez primera resbalara. No se trataba sino de hallar un medio ingenioso; pero, por desgracia, me encontraba en la situación de los escépticos de pega, esto es, me faltaban mil para taimado. Hice en mi imaginación una nube de combinaciones, sin que lograrse poner orden y concierto á mis planes; lo único que conseguí, á fuerza de ocuparme en aquella mujer, fué calentarme los cascos, hasta que un día, y avergonzado, sin embargo, de echar mano de una majadería de colegial, la escribí una carta. Era puramente tonto; pero, á mi ver, en amor los recursos de este género son los mejores. Sea lo que fuere, la señora de Harnebey me contestó que no acababa de comprender mi carta, y de consiguiente que yo mismo en persona me fuese á su casa para aclarársela.

Desde el momento que aceptaba el duelo, corría riesgo de quedar vencida; así es que sin pérdida de tiempo cumplí sus deseos. Primeramente me preguntó por qué hacia tanto tiempo que no me veía; y, hablando en justicia, debo decir que salí bastante airoso de la situación. Solicitando de antemano que me dispensara la franqueza, la respondí que había tenido la osadía de amarla, y que, al saber que á su casa había regresado *una persona* á la cual creyera yo desterrada para siempre, había desesperado de mí. Ya ves que me aniñé cuanto pude.

—¿Por qué le he escrito á V.? dije al final de mi discurso; difícil me sería explicárselo; ha sido un acto ajeno á mi voluntad; algo superior á mí me ha puesto la pluma en la mano. No me disculpe V., señora; dígame que no me perdona la audacia, y quizás esto me conduzca de nuevo al camino de la razón, etcétera, etc.

Ya adivinas cuánto tuve ocasión de extenderme sobre este texto.

Un querubín verdadero no hubiera hablado más bien.

La señora de Harnebey me escuchó sonriendo, y pareció no serle ingrata la forma de que me serví; luego empezamos á hablar sin decir nada, preludeo tradicional de los amores de este jaez, y al despedirme me dió permiso para que la escribiera, so pretexto de que se estaba aburriendo, prometiéndome que me contestaría. De esta suerte aquélla me sometía á las pruebas francmasónicas por las cuales una mujer algo ducha en las contiendas de amor hace pasar á todo nuevo candidato. Que no desaproveché el tiempo, pruébalo el que, tan pronto llegué á casa, la escribí. Para saber escribir á una mujer la primera carta que nos autoriza la dirijamos, es menester una habilidad nada común, y, francamente, entonces era para mí todavía obra de romanos el salir airoso del empeño. Ataqué, pues, de frente y espeté una carta como no compusiera otra un fatuo provinciano, y á la cual recibí la siguiente contestación veinticuatro horas después.

«No sabe V. de qué se las ha. La primera no vale. Empiece V. de nuevo.»

Era imposible más donaire. Rasgué la carta, que me había devuelto, y escribí otra, á la que me contestó:

«Ha mejorado. Continúe V.»

Desde aquel instante, ya no tuve sino echar adelante línea recta, siguiendo el camino que me señalaban.

¿Conservas tú en la memoria las fechas? Yo me acuerdo y me acordaré siempre de una: el 18 de abril de 18...

El año era precoz. Las plantas estaban en flor. Ella llegó engalanada como para una fiesta. Hacía una hora que yo la estaba aguardando, y el corazón me latía como si hubiese apostado dar en una hora las pulsaciones de veinticuatro.

—Temía no poder venir, me dijo al entrar y levantándose el velo.

II

¡Oh, los amigos! me dijo Manuel interrumpiéndose á sí mismo, si es que puede darse este nombre á esos parásitos de que se ve rodeado el hombre á los veinte años.

¡Los amigos, esos envidiosos de nuestra gloria, de nuestra fortuna ó de nuestra mujer, que, asociando su nombre al nuestro, no abandonan nunca la dañada idea de que va á reportarles provecho nuestra amistad y que el mundo supondrá que en nuestra casa ocupan el lugar que ambicionan, lugar que, nuevos Tartufos, á las veces quieren tomar!

Así, pues, y exceptuando á Pilades y Orestes, que es menester no olvidar para que nos sirvan de comparación, nunca deberíamos hablar de los amigos, y habría que suprimir semejante palabra de nuestro idioma, sobre todo en la acepción latísima que tiene en lo presente.

Por otra parte, la amistad está en la naturaleza; Dios, al darnos familia, esposa é hijos, ha previsto esta necesidad de simpatía que siente el hombre en lo más íntimo de su corazón. A menos que el Señor haya desviado de ella sus ojos, toda criatura humana va acompañada, en su tránsito por la vida, de amigos naturales que no van á engañarla y que hacen que podamos prescindir de los que lo son fortuitos.

¿Tiene el niño mejor amiga que su madre? ¿el hom-

bre que la mujer á quien ama? ¿el anciano mejores que á los niños? Y si en la corriente de la vida el ser humano sufre engaño por parte de este triple afecto, ¿por qué exigir que fle en extraños con quienes se habrá encontrado en su camino, y que no han recibido de Dios, como la madre, el esposo y el niño, el ministerio de amor?

La razón por la cual la amistad existirá eternamente, de nombre á lo menos y por costumbre, es porque asume la apariencia de protectora, y protegiendo domina; y ya es sabido que la vanidad más grande del hombre es la dominación.

Abuso de las digresiones... ¿qué quieres?... no puedo resistir á la necesidad, cuando tropiezo en una paradoja aceptada tan neciamente por los hombres, de clamar contra ella, como en lo antiguo había esclavos que clamaban contra los triunfadores.

Sé que no acabaré con una costumbre admitida por toda la sociedad, como los esclavos no acababan con el mentido triunfador sostenido por el pueblo; pero, ya que no, protesto y protestaré mientras viviere.

Yo tenía, pues, amigos, y esos amigos, á quienes antes concediera todas las horas del día y á los cuales hacía sabedores de todas mis acciones, cuando iban á casa no me hallaban, y no me hallaban por la sencilla razón de que me pasaba los días recorriendo el campo con la señora de Harnebey.

Y aquí digo que es menester confesar que las mujeres, sea cual fuere la clase á que pertenezcan, tienen sed inextinguible de las magníficas obras del Eterno. Pocas de ellas hay, por hondo que hayan descendido, por insensibles que parezcan á toda poesía y á toda afección, que no se dejen persuadir por el sol, las flores y los campos.

La inmensidad de las llanuras y el misterio de las selvas las aíslan y las engrandecen á sus propios ojos. Cuando se encuentran en medio de un campo tranquilo y silencioso, las sombras de su pasado cruzan

un horizonte tan lejano, que apenas si ellas las distinguen, si no las olvidan. Rarísimo es que entonces no pertenezcan en cuerpo y alma á quien las acompaña y que el hombre en cuyo brazo se apoyan no sea el elegido en su corazón.

Entonces es cuando ellas se entregan á ese sueño fantástico á que las incita su modo de ser: retirarse con el hombre amado al seno de la naturaleza, deslumbradora y misteriosa á la vez, cuya serenidad es un perdón y en medio de la cual morirían al cabo de quince días de retiro si el hombre fuese bastante loco para aceptar el sacrificio.

III

En fin, mis amigos, ya que es menester calificarlos con este nombre mentido, me desazonaban grandemente acribillándome á preguntas: «¿Qué es de tí? me decían; nunca se te halla en casa. ¿Dónde pasas los días? La gente dice esto y esto. Conque ¿tienes una nueva amante? Hay quien supone que ésta es la señora de Harnebey. ¿Es verdad lo que dicen? Yo lo he negado, porque... vaya, ya está algo madura, y es bermeja, y fea, y carece de corazón, y ha tenido intimidades con fulano, quien me ha dicho de ella esto y esto.»

Yo no tenía el corazón bastante firme para despreciar tales ataques. Parecíame que, de enamorarme ó simplemente de tomar la defensa de aquella mujer, incurriría en el ridículo. Por otra parte, no me dolía que supiesen que yo era su amante, y, para conciliar

todas las pequeñas vanidades que me dominaban, no hallaba medio mejor que comprometer á la señora de Harnebey hablando de ella como tal vez no lo hubiera hecho de una mujer perdida; y es que, al obrar de esta suerte, antojábaseme que pasaba plaza de libertino rematado. Desempeñaba el papel de seductor, ó, más bien dicho, lo falsificaba, toda vez que no era franco al representarlo.

«Sí, es mi amante, decía yo; pero ella es quien me ha solicitado. ¿Acaso podía yo imitar á José? No la quiero, pero tanto vale ella como otra.»

Y al expresarme en estos términos exhibía las cartas de aquélla, y, en nuestras cenas, orgías ridículas de ridículos calaveras, dejaba que todos se pusiesen en la boca el nombre de la señora de Harnebey. No me faltaba sino divulgar los misterios más sagrados de nuestro amor; reunir mis amigos en mi casa mientras estuviese en ella aquella mujer y recorrer las cortinas tras las cuales me estaba aguardando. Yo conocía que me conducía infamemente, porque nada tenía que echarla en cara, y, sin embargo, le hacía pagar el que yo no supiese hacer que la respetaran, el que no me atreviese á amarla abiertamente, el que no me sintiese con valor para no escuchar sino los consejos de mi corazón; sólo me faltaba acriminarla el que se me hubiese entregado con tanta facilidad, facilidad en la cual yo no veía sino la continuación de una costumbre. Y esto se lo hice sentir en dos ó tres ocasiones distintas.

—Tiene V. razón, me respondió la señora de Harnebey; pero no es V. quien debe reprochármelo.

Habléla de sus antiguos amores, y le cité los nombres que el decir de las gentes pegaba al suyo; á lo que replicó:

—¿Para qué hablar de lo pasado? Sobre no ser generoso semejante proceder, ¿qué le atañe á V.? Es usted demasiado joven todavía para comprender las razones que hacen vacilar el corazón de una mujer

hasta que ha hallado el verdadero sitio que le corresponde. Vamos á ver: desde que me conoce V., ¿tengo las trazas de coqueta? ¿No me he entregado á V. por entero? Soy la amante de V., no su esposa: de consiguiente, no le cabe á V. derecho á exigirme cuentas sino de lo presente: lo demás atañe á mi marido.

Nada me cabía objetar á estas palabras de la señora de Harnebey sino que en el fondo yo estaba enamorado de ella, pese á no querer confesármelo á mí mismo, y que, por ende, debía estar celoso.

Sin embargo, no dejan de ser una singular manía esos celos retrospectivos. Vemos una mujer á quien diez minutos antes no conocíamos, á quien no sospechábamos conocer un día; por una razón cualquiera, por capricho, por amor propio, por pretexto, por amor, la enamoramos y resiste; perseveramos, crece el desseo, no pensamos sino en la dicha que creemos ha de proporcionarnos, y la hallamos la más hermosa, la más viva y la más hechicera de las mujeres. Por fin, cede, y, desde el instante mismo en que lo hace, volvemos los ojos hacia una época de su vida, sobre la cual no nos cabe derecho á investigar, á su pasado, y lo escudriñamos, lo comentamos, lo analizamos y lo calumniamos. Para que dicha mujer nos conozca, es menester que antes que á nosotros no haya amado á nadie; que haya adivinado que iba á encontrarse con nosotros, que iba á amarnos, y que hasta entonces haya resistido á todas las demás tentaciones de la vida. Pero nosotros, ¡necios! no comprendemos que si nos ama es porque ha amado á otros; que porque su corazón ha contraído la costumbre del amor nos presta oídos á nuestra vez, á nosotros, que no valemos más, quienquiera que seamos, que aquellos á quienes ha escuchado antes que á nosotros. Si la mujer fuese tal cual la queremos, no nos prestaría atención, sería virtuosa, y, así como hallamos un tormento en nuestra dicha, nos desesperaríamos ante su indiferencia.

Tomemos, pues, la vida tal como se nos presenta, demos á nuestros sentimientos su nombre verdadero y no gastemos nuestro corazón exigiendo á nuestras amantes lo que no podemos hallar sino en nuestra esposa. El matrimonio nos da derecho, al mismo tiempo que sobre lo pasado, sobre lo presente y sobre lo venidero de una mujer; fuera de esta legalidad del corazón, el amor no pasa de convenio gratuito, más ó menos duradero, en el cual lo pasado, sobre todo, conserva íntegros sus derechos.

Estas son verdades de las que, por desgracia, nos imponemos cuando ya no estamos á tiempo; y esto te lo digo yo, que hoy purgo el haberlas desconocido. Yo pude haber sido muy dichoso y serlo todavía, en tanto que... Y lo cierto es que todo concurría á labrarme la existencia más placentera; era joven y libre y no me faltaba cuanto dinero quería. Nada exigía de mí la vida; no debía sino consentir en vivir.

Ocupaba yo, en uno de los solitarios barrios de París, en los que todavía quedan jardines, una habitación escogida por mi madre, y á la cual el amor de ésta había abrigado como si hubiese sido una cuna y perfumado cual una capilla. Á mediodía me salía yo á la ventana, y á poco veía el traje de aquella á quien estaba aguardando. Apenas la visitadora acababa de verme, apresuraba el paso, y, temerosa de que fijándose en la dirección de su mirada la gente no adivinase en quién pensaba y la casa adonde se dirigía, desviaba la cabeza y tomaba un aire indiferente al que vendría una que otra mirada confidencial dirigida al soslayo. Luego oía yo como subía los escalones que separaban mi habitación de la calle, y salía á su encuentro para no separarnos hasta dos ó tres horas después; ó nos escapábamos como dos escolares para, como te he dicho ya, irnos á recorrer la campiña.

Los días que la señora de Harnebey no podía venir á verme, me escribía.

Ya ves que yo debía ser dichoso; pero nuestra hu-

mana naturaleza es á la vez tan mezquina y tan ambiciosa, que de todo duda y cosa alguna la satisface.

Cuando aquella mujer me tendía la mano y se sentaba al lado mío, en lugar de corresponder á sus favores amándola, y de besar sus diminutos pies, que para mí abandonaban el regalo de sus pantuflos de terciopelo y de sus sedosos almohadones; en lugar de mostrarme agradecido á aquel pecho agitado por la emoción; en lugar, en fin, de arrodillarme ante aquella criatura que consentía en darme á conocer, á mí, á quien pudiera no haber visto, á mí, ser nulo ó ruin, los tesoros de su alma y las revelaciones de su amor, ¿sabes tú cuál era mi modo de obrar? Al igual que esos niños desalmados que se apoderan de los pajarillos para arrancarles las plumas en vez de escuchar su canto, me complacía en atormentarla. Una á una iba arrancándole todas las ilusiones que acerca de mí se forjara, y, así como llegaba con la sonrisa en los labios, se volvía con los ojos preñados de lágrimas y cubierta de rubor la frente.

IV

Hacia unos tres ó cuatro meses que nuestros amores seguían por este camino, que por la mañana me enviaba la señora de Harnebey flores ó una carta, y que, durante el día, venía á hablar ó á trabajar á mi lado, cuando un domingo, del que me acordaré toda mi vida, me fuí á comer al campo, á casa de un amigo, y á los postres la conversación, por acaso ó voluntariamente, recayó en aquella mujer.

Si los jóvenes que asistían á la comida conocían ó no mis relaciones con la señora de Harnebey, lo ignoro; lo que sí puedo decir es que, mientras ésta estaba indudablemente pensando en mí, y, entregada completamente al recuerdo de la víspera, aguardaba la llegada del día siguiente, en San Mandé, á la mesa donde yo comía, se ocupaban mucho en ella, y esta vez no sólo por lo que se refería á lo pasado, sino también á lo presente.

En efecto, uno de los comensales afirmó bajo palabra de caballero que hacía ocho días la señora de Harnebey era la amante de uno de sus amigos.

Yo palidecí, y por un instante, veloz como el pensamiento, quise desmentir al deslenguado; pero el orgullo que hizo perder el paraíso á Lucifer, y el temor al ridículo, tan ridículo en sí, apoderáronse de mí y me cerraron violentamente la boca.

Escuché los comienzos y los pormenores de la nueva amistad; y tantos fueron los pelos y señales que se dieron, que admití por cierto y averiguado cuanto acababa de oír.

Como la cólera nos embota la razón, no reflexioné que semejante relato era una impostura, ya que, en las horas en las cuales el difamador suponía que mi amante se veía con el otro, ésta estuvo siempre á mi lado.

Sin embargo, supe disimular la sensación que me dominaba, hasta el extremo que, á mi ver, al contemplar mi semblante, nadie pudiera haber dicho lo que pasaba en mi alma.

¡Qué triunfo el mío en aquella ocasión!

Ya de regreso en mi casa, cogí la pluma y escribí una carta infame á la señora de Harnebey, á quien arrojaba de mi lado como si hubiese sido una cortesana.

Aquella noche la pasé casi toda desvelado, y al día siguiente, ya fuese por costumbre, ya por presentimiento, aguardé con impaciencia la llegada del mediodía.

No salí á la ventana, ó más bien no me coloqué visiblemente en ella, sino que cerré las persianas y me puse á investigar la calle por entre los travesaños, cuando á poco la vi venir, no vestida de blanco ó rosa, pero sí de negro, y esta vez no disimulando que miraba á mis ventanas. Luego penetró en la casa, mientras yo, anheloso de prolongar todavía más su sufrimiento no abriendo la puerta, me coloqué detrás de ésta, con la oreja pegada á las tablas, en cuya actitud oía el rumor que producían sus pasos al subir.

Mil encontrados pensamientos bullíanme en la mente. «Si una mujer á quien no amamos, me decía entre mí, nos trastorna de esta suerte, ¿qué nos hará sentir la mujer amada?»

La señora de Harnebey llamó, y yo abrí. Mi amante, que estaba pálida como un cadáver, pasó por delante de mí sin pronunciar palabra, pero dirigiéndome una mirada á la vez triste y altiva.

Yo me dirigí á su encuentro, y cuando estuve á su lado me pareció dominada por agitación violenta. Conocíase que únicamente la voluntad la había dado alientos para llegar á mi casa y que acababa de dar en tierra con sus fuerzas.

La señora de Harnebey más bien se cayó que no se sentó en una silla; luego arrancó los lazos de su sombrero, y cubriéndose el rostro con las manos echó á llorar amargamente.

Yo, al contemplarla, me sentí enternecido; pero entre los dos se levantó un espectro desconocido, y, agolpándoseme la sangre en la cabeza, la dije:

—¿Puedo saber, señora, á qué debo la honra de su visita?

—Á la carta infame que me ha escrito V. ayer, y que le devuelvo, porque debe V. estar arrepentido de semejante villanía.

—Nunca me arrepiento de mis actos, ya que nunca los ejecuto sin meditación previa.

—Así, pues, replicó la señora de Harnebey enju-

gándose prontamente las lágrimas, ¿V. cree lo que me ha escrito?

—Lo creo.

—¿Y si le jurase á V. que es falso?

—Continuaría creyendo lo mismo.

—¿Y si yo le probase que ese hombre de quien me acusa V. ser la amante, ni siquiera me conoce?

—Seguiría firme en mi opinión.

—Entonces, Manuel, repuso la señora de Harnebey, con nuevas lágrimas en los ojos, habría sido más leal haberme dicho que no me amaba V., y que, no amándome, no quería verme. Tal vez me hubiera resignado al pensar que me separaba conservando su estimación; pero rechazarme con desprecio, acusarme de traición y escribirme lo que me ha escrito, en una palabra, hacer sufrir á una pobre mujer que le ama á usted, es horrible, y día vendrá, así lo espero, en que usted se arrepienta.

—No hablemos de arrepentimiento, señora, la dije, porque ¿quién sabe si debemos hacerlo de haber amado poco ó con exceso?

—Me dirige V. otro insulto, ¿no es eso? Se lo perdono á V., como le he perdonado siempre; porque pocos días han trascendido, desde que nos conocemos, que no me haya V. arrojado una afrenta al rostro. Es usted todavía joven, Manuel, y no conoce ni la dicha del amor ni el placer del perdón; más adelante amará usted á otra mujer que tal vez tenga un pasado más triste que el mío; sólo entonces se hará cargo del mal que me está causando y me tenderá la mano diciéndome: «Estaba V. en lo justo.»

Pronunció con tal convicción la señora de Harnebey estas palabras, que á mi pesar sentí la superioridad de su carácter franco sobre el mío y comprendí lo ignominioso de mi proceder.

De haber escuchado yo únicamente la voz de mi corazón, me habría arrojado en brazos de aquella mujer y solicitado el perdón de los agravios que la

infririera; pero se sobrepuso el orgullo, y no presté oídos sino á éste. Intenté convencerme de que ella me estaba engañando y me afirmé en mi ruindad.

La señora de Harnebey no apartaba de mí los ojos, y al través de sus lágrimas me dejaba leer claramente los sentimientos que la conmovían.

—Señora, la dije aprovechándome de las ventajas que me ofrecía la situación, le agradezco á V. el sermoncico que acaba de echarme, pero permítame que la diga que siendo á mi juicio su moral tan falsa como su amor, no pienso aprovecharme de éste ni de aquélla.

—Ó pugna V. contra lo que le dicta la razón para dirigirme tales palabras, me replicó la señora de Harnebey, ó alguno á quien no conozco le exaspera contra mí. Vuelva V. en su acuerdo, Manuel: es imposible que su corazón de V. le dicte tales infamias. Es usted bueno, me consta, pues con frecuencia le he visto llorar al relato de un sufrimiento; por lo tanto es menester que algo le ofusque para que no vea V. lo que yo estoy sufriendo. ¡Ea! continuó aquélla, asíéndome las manos; confiéme V. que ha querido someterme á una prueba; dígame que quería estar seguro de mi amor y que no me ha escrito la carta esa sino para juzgar de mi corazón según mi conducta.

—Pues se equivoca V., señora, la contesté; por dura que halle V. la carta que le he escrito, es reflejo fiel de mi pensamiento, y si á V. le ha hecho sufrir hoy, yo también sufrí ayer.

—Sin embargo, á V. le consta que yo no le engaño.

—¿Qué me lo prueba?

—Todo. Vamos á ver, raciocine V. un poco; siéntese aquí, á mi lado, y dígame: ¿qué interés puedo yo tener en engañarle? ¿por qué le engañaría á V.? ¿Es usted mi marido, mi hermano, ó hijo mío? ¿Los lazos que nos unen no son de aquellos que la voluntad desata y la indiferencia rompe? Si yo no le amase á

usted, ¿qué me obligaría á venir cada día aquí á arros-
trar su desatinada cólera y su inmotivado desprecio?
Si vengo, es porque le amo á V., porque aun en sus
desprecios hallo atractivo, y más le quiero á V. colé-
rico que no á otro amoroso; porque, al verle á usted
joven, le creo bueno; porque quiero, y perdóneme la
vanidad, que me deba V. la dicha de su existencia, y
que cuando haya dejado de quererme lo bastante para
dejar de ser amante mío, me quiera todavía lo sufi-
ciente para permanecer mi amigo. Sé perfectamente
á lo que me expongo siendo la querida de un hombre
de la edad de V., continuó con sonrisa de amor y de
perdón; esto es, á indiscreciones, desdenes é infideli-
dades. Pues bien, si yo arrosto todo esto, si humillo
á los pies de V. mi buena fama, mi orgullo y mi co-
razón, no será sin motivo, y, como no soy una corte-
sana, este motivo no puede ni debe buscarse en el
interés, sino en el amor. ¡Eal dígame V. algo y tién-
dame la mano. Si yo no le amase, ¿me encontraría
aquí después de haberme V. escrito la carta que me
ha escrito? ¿No me sobaban mil pretextos para no
volver á poner aquí los pies?

Nada había que objetar.

Una voz interna me estaba diciendo que aquella
mujer tenía razón, y, sin embargo, mi necia vanidad
me argüía: «Te está engañando y se reirá de ti; no
eres tú el primero á quien ha amado; mira cómo se
acuerda de los demás. Toda mujer que jura, miente.»

—Con todo, la dije, ¿V. conocía al hombre ese de
quien dicen es V. la amante?

—Sí.

—¿Va á su casa de V.?

—Sí.

—¿Con frecuencia?

—Todas las noches.

—Y ¿por qué todas las noches?

—Es amigo de mi hermano, quien come diaria-
mente con él.

—Y ¿ese hombre no está unido á V. con vínculo
alguno?

—No, no es sino un amigo, pero amigo devoto.

—Los hombres no sienten devoción más que
cuando arde en ellos la llama de amor; luego ese
hombre es el amante de V.

—¿Empezamos otra vez? ¿Por qué es menester,
pues, que yo jure para que V. me crea?

—Obras se requieren; no juramentos.

—¿Qué debo hacer?

—Dejar de ver á ese hombre.

—Es imposible.

—¡No ve V.! dije volviendo á mis dudas.

—Reflexione V. que es amigo de mi hermano,
condiscípulo suyo, que yo todavía estaba en el co-
legio cuando le conocí, que mi padre le lleva un afecto
profundo. ¿De qué pretexto me valdría para negarme
á verle, y, por otra parte, recibirle en mi casa?

—Ese hombre la está comprometiendo á V.

—¿Quién dice semejante?

—Todo el mundo.

—¿Quién lo cree?

—Yo, y esto basta.

—Es V. un niño.

—Puede; pero va V. á elegir entre el hombre y el
niño, entre el amante y el amigo.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que nunca consentiré una sospecha, aun cuando
injusta, respecto de mi amante; y como la sospecha
á que me refiero no puedo desmentirla sin compro-
meterla á V., ésta se convierte en realidad si V. no
me ayuda á destruirla; que, por muy alto lugar que
ocupe el individuo, no acepto rivalidades de nadie, y,
en fin, que es indispensable ó que deje V. de ver á
dicho sujeto ó que cese de venir á mi casa.

No bien hubé pronunciado estas palabras, cuando
la señora de Harnebey, pálida, se levantó de su
asiento; yo, arrepentido de lo que acababa de decir,

aunque demasiado tarde, hice además de acercarme á ella; pero me contuve al ver que tendía la mano para detenerme.

—Ha obrado V. mal, Manuel, me dijo; pero no olvide que las palabras que pronuncia el hombre cuando arroja de su lado á una mujer que ama, son para él ocasión eterna de arrepentimiento. Adiós.

Yo bajé la cabeza.

Había en la voz de la pobre mujer tanta verdad y tantas lágrimas, que empecé á comprender; pero lo que acababa yo de hacer era tan sin nombre, que ni siquiera me atreví á pedirle perdón.

Al abrir la puerta, la señora de Harnebey me dirigió una postrer mirada como para incitarme á que la llamase; pero yo no me moví un paso.

Aquella creyó, indudablemente, que mi modo de obrar era hijo de la indiferencia, cuando no era sino resultado del temor; y, lo repito, mi falta era á mis ojos tan enorme, que me pareció imposible rescatarla.

Cuando se hubo cerrado la puerta, quise darme á entender que acababa de fijar la rueda de mi ventura, y exclamé:

—¡Por fin, estoy libre!

No obstante, me acerqué á la ventana, y desde ella vi aquella negra figura, que al revolver de la esquina dirigía una mirada de despedida á mi casa.

V

Vestíme y me salí á la calle, para regresar temprano, y cuando me recogí pregunté al portero si para mí habían traído alguna carta.

¡Qué enigmático es el hombre! ¿Querrás creer que cuando aquél me respondió negativamente, no volvía de mi asombro?

El día siguiente transcurrió también sin que á mis manos llegara la deseada carta, por lo que entonces escribí una, ó más bien diez, pues no sabía qué decir. Unas salían llenas de excusas, otras atestadas de reproches, por lo que no envié ninguna. Al día subsiguiente, y á pesar de que yo no amaba á aquella mujer, hallé pretexto para pasar por debajo de sus ventanas.

Yo tenía un amigo, ni eso, sino pura y simplemente un conocido á quien no había visto hacía un año; y aun cuando no me asistía otra razón para hacerle una visita que la de vivir en el mismo barrio que ella, á su casa me encaminé.

Las ventanas ante la cuales quería yo pasar estaban cerradas; y sobre esto no hallé á mi amigo, ó más bien dicho á mi pretexto, todo lo cual puedes contar el gusto que dió.

Volvíme por el mismo camino, por supuesto; y si nada había visto á la ida, á la vuelta tampoco vi cosa alguna.

De esta suerte transcurrieron dos días, cuando al tercero, y en el instante en que me metía en casa, recibí un paquetito, dentro del cual hallé un bolsillo y una carta concebida en estos términos:

«Cuando una persona se separa de otra para siempre, es menester que nada quede pendiente entre las dos. Reciba este bolsillo que empecé á labrar en su casa de V. y para V. he terminado durante las dos últimas veladas. No es un presente, sino una deuda, que espero conserve V. en recuerdo de una amiga.»

La carta que en contestación á la precedente escribí á la señora de Harnebey fué por demás fría.

Al salir de mi casa me encontré con el individuo que había dado por ciertas, ante mí, las relaciones de

intimidación de la señora de Harnebey con otro hombre, y abocándome con él con ademán indiferente, le interrogué de nuevo sobre el particular. Dicho sujeto no sólo me refirió lo mismo que ya me contara, sino que, al observar mi incredulidad, añadió que, si aquella noche misma me quería llegar hasta el teatro de la Ópera, vería á aquélla en compañía de su marido y de su amante; y por contera dijo lo siguiente:

—No se separan nunca.

Entonces me subí á casa de una de esas infelices de que ha poco te he hablado, las cuales tienen siempre la velada á disposición de sus amigos, y le pregunté si por la noche quería venirse conmigo á la Ópera.

No necesito decirte si aceptó con diligencia.

Entonces me encaminé á la taquilla del teatro, y sabiendo, como me sabía, cuál era el palco de la señora de Harnebey, tomé el frontero del suyo.

A las ocho llegamos al teatro, y media hora después lo hizo aquélla en compañía de su marido y del amigo de marras.

Te soy franco: al ver realizada la predicción de la mañana, el corazón me dió un vuelco, ya que lo que mis ojos estaban viendo constituía para mí una casi certeza.

La señora de Harnebey estaba hermosa como un ángel; pero en medio de sus flores y de su hermosura parecía estar triste.

De improviso, ésta volvió la mirada hacia mi palco, y al verme al lado de una mujer, se echó atrás involuntariamente.

Yo había triunfado.

Indudablemente mi antigua amante pretextó una indisposición súbita, pues antes de la terminación del acto tercero levantóse y abandonó el palco, que quedó vacío.

Desde aquel entonces, y por espacio de tres semanas, no oí hablar más de la señora de Harnebey, de

quien, aunque inútilmente, preguntaba todos los días á mi portero si habían traído carta para mí.

Semejante olvido, tal indiferencia y quizá desprecio, me humillaban, me exasperaban, me ponían febroso; y es que por un fenómeno que tú te explicarás como se te antoje, ahora que me cabía la sospecha de que había dejado de amarme por otro, yo amaba á aquella mujer á quien creí mirar con indiferencia en otro tiempo; pero la amaba no así como se quiera, sino hasta hacerme llorar como un niño.

La busqué en todas partes; pero, sea que evitase mi encuentro, ó que hubiese salido de París, no conseguí verla.

Una mañana, por fin, y no pudiendo ya contenerme, la escribí; pero, no atreviéndome á decirle que se viniese á mi casa, ni osando yo presentarme en la suya, la cité para las Tullerías.

«Acuda V. mañana á las nueve al terraplén que se hace orilla del agua, la decía, con la misma diligencia que si se tratara de la vida de un hombre.»

A las ocho y media de la mañana siguiente ya me encontraba yo en el lugar de la cita, y á las nueve compareció ella, que, por cierto, había adelgazado un poco.

—Me ha dado V. un susto terrible, me dijo la señora de Harnebey, viniendo á mi encuentro y tendiéndome la mano.

—¿Por qué? la pregunté.

—Porque su carta de V. es tan urgente, que he temido no le amagase una funesta desgracia, respondió aquélla mientras encaminaba sus pasos hacia dos sillas aisladas.

—Por urgente que fuese mi carta, repuse, no podía ser reflejo de lo que estoy sufriendo.

—¿Que sufre V.!

—¡Oh! sí, mucho.

—Y ¿qué le hace sufrir de esta suerte?

—Dígame: desde que no la he visto ¿ha pensado usted alguna vez en mí?

—Todos los días.

—¿Y me despreciaba V.?

—Le compadecía.

—¿Y V. cree que, por grande que sea la falta que cometamos, podemos arrepentirnos de ella y conseguir que se nos perdone?

—Sí lo creo.

—¿Aun en el caso de que un hombre haya insultado á una mujer?

—Mi presencia en este sitio lo dice bien claramente.

—Pues bien, olvide V. y perdone, sobre todo las tres semanas que acaban de transcurrir; necesito que usted me restituya una parte del amor que en otros días me concedía por entero, ó por quien soy le juro que no respondo de mí.

Por los labios de la señora de Harnebey vagó una sonrisa de pesar, pero no sonrisa triunfadora, sin embargo de la victoria que acababa de conseguir, y me dijo:

—Es imposible.

—¡Cómo imposible! ¿no me ha dicho V. que no hay culpa que no pueda alcanzar el perdón?

—Sí; pero debiera haber añadido que nada se olvida; y tales han sido las heridas que me ha inferido usted, que me resentiré de ellas mientras aliente.

—No entiendo.

—Quiero decir que á mi silencio de los primeros días, silencio que no era sino un medio de inclinarme á la reflexión y de atraerle á mí, sólo me ha respondido V. con la indiferencia; no obstantelo cual, todavía le hubiera perdonado, ya que entonces aun le quería á V. Quiero decir que á la carta que le escribí y en la cual todo hombre correcto hubiera visto amor y perdón, respondió V. mandándome otra infame y que rasgué llorando. Con todo, si en aquel instante me hubiese V. pedido lo que hoy, habría corrido sobre todo el velo del olvido impulsada por el

Nº 47701

Esta boleta se llena para fines estadísticos.

Sírvase devolver este talón al concluir la lectura.

Sírvase dejar su credencial al recibir el libro.

Guarde Silencio.

No maltrate los libros.

H O R A R I O

Lunes a Viernes
8:00 a 19:00 horas

Sábado
8:00 a 13:00 horas

bía dejado de sentir; pero
aquel, aquella noche en que
Ópera, no por gusto, sino
ausencia hubiera llamado
e tiene el derecho de ad-
ella noche en que, sumergida
mientras pugnaba, en medio
s lágrimas que se me subían
un palco; á V., por quien to-
acer alarde de acompañarse
V. no sabe el mal que me
tante, instante de transición
rencia, me obligó á que le
V. aquella noche fué, no
infamia. Así es que, por más
odo para conseguir la fuerza
presenciando, abandoné el
... V. no sabe cuánto lloré
fuerza conocí que todavía
nces quise levantar una ba-
V. y yo, porque nosotras,
os como Vds. nuestra fuerza
o que al momento se nos va
os en el primer apoyo que
ando éste deba quemárnosla;
sobre todo, es lo de que usted

debe arrepentirse, entonces...

—Entonces ¿qué? repuse al ver que ella se interrumpía y temeroso de haber adivinado.

—Entonces, continuó la señora de Harnebey, lo que de mí le dijeron en falso, el día que siguió á la noche de la Ópera era verdadero. Ya ve que desde hoy no puede ocupar á mi lado sino el sitio de un amigo, si bien en este terreno haré todo cuanto de la amistad puede exigirse. Siempre y cuando necesite usted de mí, me hallará pronta; y cuando á su vez ame V. á una mujer, consúlteme y le diré qué es preciso hacer para que ella le corresponda.

—Todos los días.

—¿Y me despreciaba V.?

—Le compadecía.

—¿Y V. cree que, por grande que sea la falta que cometamos, podemos arrepentirnos de ella y conseguir que se nos perdone?

—Sí lo creo.

—¿Aun en el caso de que un hombre haya insultado á una mujer?

—Mi presencia en este sitio lo dice bien claramente.

—Pues bien, olvide V. y perdone, sobre todo las tres semanas que acaban de transcurrir; necesito que usted me restituya una parte del amor que en otros días me concedía por entero, ó por quien soy le juro que no respondo de mí.

Por los labios de la señora de Harnebey vagó una sonrisa de pesar, pero no sonrisa triunfadora, sin embargo de la victoria que acababa de conseguir, y me dijo:

—Es imposible.

—¡Cómo imposible! ¿no me ha dicho V. que no hay culpa que no pueda alcanzar el perdón?

—Sí; pero debiera haber añadido que nada se olvida; y tales han sido las heridas que me ha inferido usted, que me resentiré de ellas mientras aliente.

—No entiendo.

—Quiero decir que á mi silencio de los primeros días, silencio que no era sino un medio de inclinarme á la reflexión y de atraerle á mí, sólo me ha respondido V. con la indiferencia; no obstantelo cual, todavía le hubiera perdonado, ya que entonces aun le quería á V. Quiero decir que á la carta que le escribí y en la cual todo hombre correcto hubiera visto amor y perdón, respondió V. mandándome otra infame y que rasgué llorando. Con todo, si en aquel instante me hubiese V. pedido lo que hoy, habría corrido sobre todo el velo del olvido impulsada por el

amor que por V. no había dejado de sentir; pero traiga á la memoria, Manuel, aquella noche en que yo me encontraba en la Ópera, no por gusto, sino por fuerza y porque mi ausencia hubiera llamado la atención de aquel que tiene el derecho de admirarse de todo; de aquella noche en que, sumergida en un mar de tristeza, y mientras pugnaba, en medio de flores, por contener las lágrimas que se me subían á los ojos, le vi á V., en un palco; á V., por quien todavía latía mi corazón, hacer alarde de acompañarse con una mujer perdida. V. no sabe el mal que me causó, porque por un instante, instante de transición entre el amor y la indiferencia, me obligó á que le despreciara. Lo que hizo V. aquella noche fué, no una iniquidad, sino una infamia. Así es que, por más que yo lo hubiese dado todo para conseguir la fuerza de soportar lo que estaba presenciando, abandoné el teatro, como pudo V. ver... V. no sabe cuánto lloré aquella noche y con qué fuerza conocí que todavía le estaba amando... Entonces quise levantar una barrera infranqueable entre V. y yo, porque nosotras, pobres mujeres, no tenemos como Vds. nuestra fuerza en nosotras mismas, sino que al momento se nos va la cabeza y nos sostenemos en el primer apoyo que hallamos á mano, aun cuando éste deba quemarnosla; entonces, repito, y esto, sobre todo, es lo de que usted debe arrepentirse; entonces...

—Entonces ¿qué? repuse al ver que ella se interrumpía y temeroso de haber adivinado.

—Entonces, continuó la señora de Harnebey, lo que de mí le dijeron en falso, el día que siguió á la noche de la Opera era verdadero. Ya ve que desde hoy no puede ocupar á mi lado sino el sitio de un amigo, si bien en este terreno haré todo cuanto de la amistad puede exigirse. Siempre y cuando necesite usted de mí, me hallará pronta; y cuando á su vez ame V. á una mujer, consúlteme y le diré qué es preciso hacer para que ella le corresponda.

—Todos los
 —¿Y me d
 —Le comp
 —¿Y V. c
 cometamos, p
 guir que se ne
 —Si lo cred
 —¿Aun en
 tado á una mu
 —Mi prese
 mente.

—Pues bien
 tres semanas q
 usted me restit
 días me conced
 que no respond

Por los labio
 sonrisa de pes
 embargo de la
 me dijo:

—Es imposib
 —¿Cómo imp
 hay culpa que n
 —Sí; pero de
 vida; y tales han
 usted, que me re

—No entiendo
 —Quiero decir que á mi silencio de los primeros días, silencio que no era sino un medio de inclinarle á la reflexión y de atraerle á mí, sólo me ha respondido V. con la indiferencia; no obstante lo cual, todavía le hubiera perdonado, ya que entonces aun le quería á V. Quiero decir que á la carta que le escribí y en la cual todo hombre correcto hubiera visto amor y perdón, respondió V. mandándome otra infame y que rasgué llorando. Con todo, si en aquel instante me hubiese V. pedido lo que hoy, habría corrido sobre todo el velo del olvido impulsada por el

amor que por V. no había dejado de sentir; pero traiga á la memoria, Manuel, aquella noche en que yo me encontraba en la Ópera, no por gusto, sino por fuerza y porque mi ausencia hubiera llamado la atención de aquel que tiene el derecho de admirarse de todo; de aquella noche en que, sumergida en un mar de tristeza, y mientras pugnaba, en medio de flores, por contener las lágrimas que se me subían á los ojos, le vi á V., en un palco; á V., por quien todavía latía mi corazón, hacer alarde de acompañarse con una mujer perdida. V. no sabe el mal que me causó, porque por un instante, instante de transición entre el amor y la indiferencia, me obligó á que le despreciara. Lo que hizo V. aquella noche fué, no una iniquidad, sino una infamia. Así es que, por más que yo lo hubiese dado todo para conseguir la fuerza de soportar lo que estaba presenciando, abandoné el teatro, como pudo V. ver... V. no sabe cuánto lloré aquella noche y con qué fuerza conocí que todavía le estaba amando... Entonces quise levantar una barrera infranqueable entre V. y yo, porque nosotras, pobres mujeres, no tenemos como Vds. nuestra fuerza en nosotras mismas, sino que al momento se nos va la cabeza y nos sostenemos en el primer apoyo que hallamos á mano, aun cuando éste deba quemárnosla; entonces, repito, y esto, sobre todo, es lo de que usted debe arrepentirse; entonces...

—Entonces ¿qué? repuse al ver que ella se interrumpía y temeroso de haber adivinado.

—Entonces, continuó la señora de Harnebey, lo que de mí le dijeron en falso, el día que siguió á la noche de la Ópera era verdadero. Ya ve que desde hoy no puede ocupar á mi lado sino el sitio de un amigo, si bien en este terreno haré todo cuanto de la amistad puede exigirse. Siempre y cuando necesite usted de mí, me hallará pronta; y cuando á su vez ame V. á una mujer, consúlteme y le diré qué es preciso hacer para que ella le corresponda.

—V. está haciendo burla de mí, señora, y esto no es generoso, la dije.

—¡Burlame yo de V.! ¿y V. puede creer tal, amigo mío?

—Conque ¿ahora ama V. á otro hombre?

—¿Quién le ha dicho que yo le amase?

—¡No se ha entregado V. á él!

—Porque me cabía la certeza de que tenía V. una querida.

—¿En qué se fundaba V. para suponer que la mujer á quien acompañé á la Ópera lo fuese?

—¿Y en qué se apoyaba V. para admitir que el hombre ese fuese mi amante? Le soy franca, Manuel: entre V. y yo ya no cabe sino la amistad; y de mi parte, eterna y sincera, se lo juro. Me ha echado usted mil veces en cara mi pasado, y ello no obstante se lo he perdonado siempre. Recuerde, y se lo digo sin ánimo de reprochárselo, ya que ahora nada tenemos que reprocharnos mutuamente; recuerde usted cuán cruelmente me martirizaba, cuántas veces me arrojó la piedra que, ni aun á incitación de Jesucristo, nadie se atrevió á disparar sobre la pecadora. Sin embargo, todo se lo había perdonado á V., porque en sus ofensas mismas me era dable vislumbrar los celos; pero aquella noche de la Ópera rompió violentamente los últimos lazos que podían unirle á usted, y lo que pasó el siguiente día, los que á V. podían unirle á mí. Así, pues, Manuel, volvamos uno y otro á nuestro modo de vivir pasado; V. lo ha querido. Seamos otra vez V. un hombre indiferente, y yo, añadí sonriendo con amargura, una mujer ligera; pero de esta conversación, la última que tal vez sostengamos á solas, llévase el convencimiento de que es V. el único á quien verdaderamente he amado. Ahora, adiós; y si alguna vez sufre y me necesita, acuérdesse de mí.

La señora de Harnebey me tendió la mano, y, después de habérsela yo estrechado maquinalmente, desapareció sin pronunciar otra palabra.

VI

Yo estaba anonadado; amaba á aquella mujer.

Tan pronto llegué á mi casa, y devorado por la fiebre, le escribí mil locuras. Pedile que me restituyese en su amor, aun cuando debiera compartirlo con otro; arrojábame á sus pies, me sometía á sus órdenes, inmolaba mi amor propio á su voluntad, y, si así ella me lo exigía, me convertía en esclavo suyo, en su juguete.

A mis cartas contestó la señora de Harnebey con fría suavidad, especificándome, con la lucidez que da la indiferencia, las imposibilidades que se oponían á nuestras nuevas relaciones.

Doquiera sabía yo que podía verla, allá me iba, y no se pasaba noche que no le escribiese mis impresiones del día. Contestábame, y aun me daba alguna cita para pasar una ó dos horas juntos; pero á lo mejor se pasaba una semana sin que me fuese dable verla.

Sin embargo, creció por tal modo mi pasión, y tan firme fué la obstinación de aquella en no ceder, que enfermé... En esto le escribí que viniese á verme; pero, creída de que yo le armaba un lazo, limitóse á enviarme algunas cartas.

Entonces se lo conté todo á mi madre, que me estaba cuidando en mi enfermedad; y como se trataba de la vida de su hijo, la pobre se fué á ver personalmente á la señora de Harnebey, para rogarla que viniese á verme, no fuese sino un minuto cada día.

¡Oh! ¡cuán cruel es la amistad de las mujeres!

La señora de Harnebey vino, y no sólo vino, sino que me cuidó como no pudieran haberlo hecho con más solicitud una madre ó una hermana.

Por fin, me restablecí, y tras mi restablecimiento me trasladé al Mediodía por orden del médico, con objeto de reponerme de la tremenda sacudida que me había conmovido.

El día de la partida, la señora de Harnebey, aun á riesgo de comprometerse, me acompañó hasta la diligencia, prometiéndome, al despedirnos, que me escribiría.

En la primera carta que la dirigí, solicité de ella que en su contestación consignase las palabras que debían impulsarme á regresar á París; pero si la carta que me dirigió era larga, en ella no hallé lo que yo deseaba.

Yo sentía una como necesidad de amar que era menester recayese sobre alguno; y en este punto las cosas, hallándome en Nápoles creí haberme enamorado de una bailarina que estaba metiendo gran ruido, y en su compañía regresé á París, ya en la cual hice ostentación de ella en todos los sitios donde me constaba debía hallar á la señora de Harnebey.

Como la vez primera que nos encontramos, ésta me saludó con la mano y lo más impasible, y aun por medio de un gesto me dió á entender que hallaba hermosa á mi amante y que por ello me felicitaba, creí buenamente que al otro día recibiría carta suya; pero no sucedió así.

Transcurrió algún tiempo sin que hubiese oído hablar de ella; pero como continuaba imperando en mi corazón, me fui un día á su casa para saber de ella, á lo que me respondieron que, á consecuencia de habersele muerto su hija, niña de pocos años, se había retirado al campo.

No hace ocho días la vi en la calle, toda enlutada, y al contemplarla comprendí que un dolor profundo

había, si no borrado del todo, á lo menos sustituido en parte mi recuerdo y las emociones de lo pasado.

Desde entonces no he vuelto á verla.

Después de este relato, Manuel se bebió un gran vaso de vino de Champaña, como si hubiese sido agua del Leteo, levantóse y me tendió la mano diciéndome:

—Necesito recogerme. Hasta luego.

Y no como quien se va, sino como quien huye, se salió.

Pocos días después me estaba yo paseando por el bulevar, gozando de las delicias de uno de esos hermosos días de invierno en que el sol parece tanto más grato cuanto menos se ha dejado ver, cuando al volver la cabeza para seguir de lejos una de esas mujeres de diminutos pies que todos sabemos y que á mí tanto me gustan, tropecé con fuerza con otro paseante cuyo rayo visual se había también desviado de la línea recta y probablemente por causa igual á la mía.

Volvíme al contacto del distraído que se oponía á mi paso, y en éste conocí á Manuel, quien, como yo, dió una carcajada.

—¡Diablo! le dije estrechándole la mano que me tendía, te encuentro en buena ocasión; estaba pensando en tus últimas confidencias y sentía vivamente no estar al cabo.

—¿Al cabo de qué?

—¡Tomal de mis historias.

—¿Después de lo que te he contado todavía no estás contento?

—No más que un hambriento á quien hiciesen sentar á abundante mesa y después del primer plato le dijese que ya podía marcharse.

—Lo que me estás diciendo es muy lisonjero para mí; pero no me quedaba tiempo para referirte más. Desenvolví un incidente sobre el que casi compuse

una novela, y estimo que el final de lo que empecé á contarte carecería de interés después de lo que oíste la otra noche.

—Dímelo en cuatro palabras.

—¿Tanto necesitas saberlo?

—Sí.

—¡Ah, tunante! tú vas á publicar mis dolores y mis recuerdos en un libro.

—Lo has adivinado.

—Conque ¿te has consagrado á las letras? repuso Manuel, riéndoseme á las barbas.

—Sí.

—Pues inventa. ¿No conoces que de componer y tus novelas sería yo el literato?

—Los hombres no inventan, relatan.

—¿Así, pues, para redondear el cuadro de las dos historias que te referí te hace falta otra?

—Sí.

—Dados los dos lados de un triángulo, el tercero se halla muy fácilmente.

—Es que no es precisamente el sentimiento lo que yo busco, sino las circunstancias. El tipo lo tengo; pero estoy seguro de que tú posees los incidentes, y esto es lo que yo quiero.

—No te entiendo.

—Voy á explicarme, repuse; la señora de Harnebey es la mujer que en el corazón deja vestigios de su paso: es la pasión.

—Bien.

—Antonia, con quien ahora vives, es la locura que no deja sino huellas en el bolsillo, es la unión pura y sencilla, el placer, la costumbre.

—Perfectamente.

—Para que tu vida sea cabal, debes de haber intimado con otra mujer de distinto género.

—Te escucho.

—Me falta, para redondear el conjunto, la mujer á quien hemos visto una sola vez y á la cual no volve-

mos á ver más, que sólo nos deja recuerdo en la mente, y á la que damos el nombre de capricho. A la mujer esa la hemos amado espacio de dos días. Cuando la encontramos, la estrechamos con gusto la mano y casi nos sentimos inclinados á quererla, pues no ha embotado nuestro espíritu, ni matado nuestro corazón, ni acabado con nuestra fortuna. Es un sueño encantador que tiene forma, un ideal que ha tenido cuerpo durante cinco minutos. Si he de dar crédito á mis presentimientos, la mujer con la cual estabas hablando en el baile cuando te ví, es una de ellas.

—No te equivocas.

—Pues bien, subámonos al casino, encendamos un puro, y cuéntame tu aventura con ella.

—Escucha, me dijo Manuel apoyando la mano en la barandilla de la escalera de la casa en la que acabábamos de entrar; no me opongo á satisfacer tus deseos, pero impongo una condición.

—¿Cuál?

—Que si das á la luz esta historia debes cambiar los nombres.

—Por supuesto.

—Más, aguardarás á que yo te escriba autorizándote para darla al público.

—¿A qué tantos misterios?

—Porque el lance que voy á contarte, si bien sin importancia en mi vida, podría tenerla y grande en la de su heroína.

En esto nos encontramos en el salón del casino, desierto en aquel instante; nos sentamos en un diván, y después de encender sendos puros y habernos arrellanado, Manuel para referir y yo para escuchar, le dije con gesto solemne:

—Acepto las condiciones; habla.